

En la Primera Parte de este pesado libro, digo, por el peso del papel, pero ligero en su lectura, el lector encontrará el análisis serio de las antiguas etnias de Mérida, las invasiones de otros grupos indígenas, el asentamiento de la población, la tecnología agrícola de aquellos pueblos, las vías de comunicación, la vivienda, el análisis técnico de los restos arqueológicos, el arte y su simbología social, las costumbres funerarias los problemas del patrimonio arqueológico y hasta las características dentarias de las poblaciones autóctonas merideñas comparadas con las de hoy. En la segunda se analizan el período de contacto con el español y las transformaciones simbólicas ocurridas, a través de trabajos que demuestran el encuentro e itinerario de la conquista y la resistencia indígena; la "conquista pacífica" y las zonas de refugio de los pueblos de indios; la resistencia cultural y lingüística; la proyección de ese pasado en la mitología campesina actual, en la historia, en la oralidad, en el simbolismo del agua y los animales míticos, en la cosmología y los ritos mortuorios todavía practicados entre los campesinos de la cordillera. De manera que los autores han logrado imbrincar dos tiempos, mejor dicho tres, tiempos que para muchos resulta a veces difícil de comprender que se pueda hacer: el prehispánico, el colonial y el nacional en su proyección hasta lo contemporáneo.

No me resta más que agradecer a Miguel Angel Rodríguez Lorenzo, uno de los que faltó en el libro, por haberme seleccionado para hacer esta reseña y a la apreciada profesora Clarac y demás autores por habernos dado la oportunidad de contar con un libro que no debe quedarse en los anaqueles de nuestras bibliotecas y mucho menos de las del Consejo de Publicaciones, sino que por el contrario debe volar los aires nacionales e internacionales para mostrar el significativo aporte que hace al conocimiento antropológico de los antiguos y actuales habitantes de Mérida, y demostrar que existe una Escuela en la que, además de la docencia, también se hace investigación con rigurosidad científica.

Alí Enrique López B.

F. Eduardo Osorio C.

Los Andes venezolanos. Proceso social y estructura demográfica (1800-1873). Mérida, Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico, Consejo de Publicaciones, 1996.

CORRESPONDENCIA A LA PETICION DE UN AMIGO

La producción historiográfica de Eduardo Osorio evidencia una doble preocupación: el tema de lo económico-social y el problema metodológico. En cuanto a lo primero, no se si de alguna manera sea una respuesta a su inconclusa carrera de Economía o a la aplicación de los conocimientos allí adquiridos; en relación a lo segundo, además de su propia formación, no dudo en señalar que también, de alguna o muchas maneras, incidieron los

tres maestros a quienes honrosamente dedica este libro: Horacio López Guédez, Luis Cipriano Rodríguez y Miguel Izard. Los dos primeros, sus profesores en Mérida; el último su tutor en Barcelona, España.

Los Andes Venezolanos. Proceso Social y Estructura Demográfica (1800-1873), representará un hito en nuestra historiografía, por varias razones. Se trata, primero, del estudio de un problema socio-económico-demográfico de una región histórica venezolana; y, segundo, en una etapa del siglo menos estudiado por historiadores y otros estudiosos del devenir venezolano, particularmente en lo que a los Andes se refiere. En dos apretados pero exhaustivos capítulos, Eduardo Osorio nos presenta su reflexión heterodoxa, como él la denomina, sobre características significativas de la sociedad andina venezolana del siglo XIX, específicamente la de los actuales Estados Mérida, Táchira y Trujillo, partiendo del análisis de la transición de la sociedad colonial a la republicana-liberal, y abarcando aspectos como la determinación de los grupos sociales, las dimensiones de cada uno de ellos, las diferencias legales y étnicas, las relaciones entre las distintas clases (categoría que asume como determinante para explicar a dicha sociedad), definidas éstas desde su participación en la producción y los cambios operados en la estructura social en el transcurso de aquella centuria.

Dentro de la buena tradición de historiadores como Mario Briceño Iragorry, Héctor García Chuecos, Mariano Picón Salas, Eduardo Arcila Farías, Horacio López Guédez e Ildelfonso Leal, por sólo citar una muestra selecta, Eduardo Osorio rescata para la comprensión de la sociedad andina del siglo XIX el legado colonial. Aspecto en el que tanto insistieron e insisten estos y otros estudiosos de ese pasado, y el que también compartimos, no como el regodeo de una herencia que nos hace parte de un proceso histórico mucho más complejo y extenso, ni tampoco la apología de tres siglos de dominación, sino la inserción en un mestizaje biológico y, sobre todo, cultural que dará origen a una sociedad distinta, pero que siempre mantuvo su identificación determinante con valores que caracterizan a la nación ibérica que conquistó y ocupó los territorios de la actual Venezuela y, por ende, de esta región andina: religión, lengua, costumbres e instituciones. De allí que el autor introduzca su primer capítulo con el título de "**Para saber a qué atenernos**": atenernos a saber que hubo una iglesia que controló la sociedad colonial; que ésta estaba estratificada, producto de una legislación que lo imponía; que el indígena tuvo una condición no sólo de subordinación con respecto al blanco, sino también de ser una etnia "separada", que obviamente sirvió para justificar una división cultural que acentuó aún más esa subordinación; que al lado de estos naturales "reducidos" y "resguardados", existió una población negra intencionalmente negada pero que significó mucho en el proceso productivo de la economía colonial andina. Atenernos a saber también que esa economía pasó, de una economía deprimida en los siglos XVI, gran parte del XVII y primera mitad del XVIII, a una economía relativamente próspera a partir de entonces, gracias a la colonización de nuevas áreas, incorporación de nuevos sectores de la producción y la ampliación de los mercados internos y externos; saber que para que este crecimiento se

produjera se hizo necesario resolver el problema de las malas comunicaciones, mediante el mejoramiento del sistema vial que contribuyera a vencer el aislamiento; que la recuperación económica de los Andes no fue obra del azar, sino de los aportes doctrinarios de funcionarios que consideraron las posibilidades económicas de la región y recomendaron políticas para superar la situación; saber finalmente que no todo el territorio no era una unidad y que por el contrario existía una división político-administrativa que con el transcurrir del tiempo de ese siglo se iría modificando hasta configurarse los límites de los actuales Estados andinos. Todo ello es el legado, todo ello es la herencia de una sociedad determinada por el Estado colonial que se proyecta con fuerza en la sociedad que estructura el Estado liberal, matizada de nuevos nombres, de nuevas categorías sociales, de nuevas legislaciones, pero que en el fondo subyace aquel pasado de tres siglos.

En el segundo gran apartado del libro, Eduardo Osorio se sumerge en las fuentes documentales para extraer de ella los datos, curiosidades, las cosas escritas entre líneas, los números, los nombres, todo lo que permita identificar y explicar lo que denomina **La Sociedad Andina entre la Colonia y el Estado Liberal**. A lo largo de las ciento treinta páginas que comprenden esta parte de su estudio es más identificable esa sociedad. Sobrevive en gran medida la vieja estructura social, al menos en cuanto a sociedad estratificada, ahora determinada por el factor económico de la propiedad; continúa el mestizaje y se da la participación del mestizo en la recuperación económica de la región; el autor hace una mirada al pasado colonial indígena para luego incursionar en su destino con y después de la guerra de independencia; lo mismo hace con el negro esclavo, para señalar que de ser un factor importante en la producción económica colonial, se convierte en un elemento de poca relevancia durante el siglo XIX; nos lleva de la mano para penetrar en las características de la familia andina, cargada de una profunda influencia religiosa que marcará las pautas de su conducta moral y ética; influencia que comienza a relajarse para dar paso a nuevos patrones de caracterización, sin que se produzca una ruptura definitiva con los valores religiosos. Estudia a la familia en su estructura numérica, su organización y jerarquización, para luego enfatizar en el carácter endogámico de la sociedad andina y su participación en distintos sucesos políticos y militares de fines de la colonia y comienzos de la república, así como en los hechos que relacionaban la política nacional con la región andina. Finaliza esta parte con un análisis cuantitativo de la población y su división por edad y sexo, para concluir señalando, entre otras cosas, que era "la misma historia de toda Venezuela, pero la región andina gozó de particularidades que diferenciaron su proceso y fortalecieron su identidad. Los desastres que siguieron a la guerra independentista, fueron menos intensos en los Andes, lo que sumado a la mayor salubridad garantizada por su situación montañosa y al aislamiento geográfico no vencido, permitió que el crecimiento de la población y su nivel de vida fuesen un poco más alto que en el resto del territorio nacional, que las instituciones conservaran y ejercieran más poder y que los cambios fuesen menos radicales".

Pero aparte de esta singular manera de presentarnos a los Andes entre 1800 y 1873, Eduardo Osorio se desprende de sus secretos metodológicos para ponerlos al servicio de

los lectores de este libro. Ello lo hace mediante tres anexos. En el primero: "De cómo aprovechar los nuevos recursos", nos demuestra la utilización de la informática en la investigación histórica y en las ciencias sociales en general, y cómo él hizo uso de la misma, presentando sin mezquindad ejemplos de sus bases de datos. En el segundo: "La calidad de las fuentes", explica cómo hacer uso adecuado de las mismas, particularmente en los estudios históricos-demográficos. Y en el tercero: "Otras precisiones metodológicas", hace recomendaciones a los investigadores en cuanto al uso de las fuentes y de las citas a pie de páginas, terminando con consideraciones críticas al llamado sistema normalizado, en cuanto a la forma de registrar la información bibliográfica y su ubicación al final del texto.

Este libro tiene, además, otro aspecto destacable: es un libro escrito por un profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes y publicado por el Vicerrectorado Académico y el Consejo de Publicaciones de la misma. Ojalá sea este el inicio de una política sostenida y consecuente de esta última dependencia universitaria en beneficio de quienes, como Eduardo Osorio, se esmeran por investigar y esperar ver en otra letra, en otra tinta, en otro papel sus resultados. Es tiempo ya de que el profesor universitario se le reconozca su trabajo publicándose sus investigaciones, y no continúe siendo un periplo interminable mendigando ante cuanta puerta se abra para pedir una limosna que sacie el deseo de difundir de otra manera su esfuerzo de investigación.

Alí Enrique López B.